







ZONAS OSCURAS

DAVID VOLOJ

- Ilustrado por: NOELIA FARÍAS

Voloj, David

Zonas oscuras / David Voloj ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Noelia Farías. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 74 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 3)

ISBN 978-987-3772-0-78

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Farías, Noelia, ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



DAVID VOLOJ

CÓRDOBA, 1980. Es Licenciado en Letras Modernas, escritor, docente y periodista freelance. Artículos y relatos suyos aparecieron en distintos medios de Argentina, México y España. Publicó los libros de cuentos *Letras modernas* (Mención Premio Municipal Luis de Tejeda 2007), *Asuntos Internos* (Primer Premio del Fondo Nacional de las Artes 2009) y *Los suplentes* (2014). Partici-

pa de diversas antologías, entre las que se destacan *Carne* (2006), *El Fungible* (2009), *Es lo que hay* (2009) y *Panorama Interzona. Narrativas emergentes de la Argentina* (2012).



NOELIA FARÍAS

CÓRDOBA, 1978. Es profesora Superior de Educación en Artes Plásticas: Pintura (UNC). En el tercer año de la carrera fue invitada al taller de pintura del artista y docente Carlos Crespo. Realizó exposiciones colectivas e individuales tanto en Córdoba como en Buenos Aires. *Simulacro Fantástico* es su reciente exhibición individual de pinturas en Artis Galería, Ciudad de Córdoba. Fue

3° premio, Concurso Nacional de Pintura Sanatorio Finochietto; 3° Premio Fundación Williams - Arte Joven 2012; Mención Artista Revelación Premio de Pintura Banco de Córdoba, 2011; 3° Premio Salón de Pintura Consejo Federal de Inversiones Buenos Aires, 2010; Mención Especial Adquisición IV Premio Nacional de pintura Banco Central. Actualmente vive y trabaja en Buenos Aires. Se puede ver su obra en:

- noeliafarias.blogspot.com.ar

HUESOS

©

1

Habían pasado como siete años y a esa altura ya me estaba por volver loco. Tenía que irme. Cuanto antes. Tenía que subirme a un ómnibus e ir a buscar los treinta mil que estaban en el nicho, bien guardados, y esperando. No recordaba si eran pesos o dólares porque en esa época daba igual. Pero ahora rogaba

que fueran verdes. Con la crisis, podía cambiarlos al triple del valor. Bien vendidos, quizás más. Un vagón de plata. Tenía que ir. Sólo pensaba en subirme a un ómnibus para buscar los treinta mil que habíamos enterrado en ese cementerio de Goya. Aunque mi hermano siguiera asustado y cada vez que hablábamos del tema se pusiera a temblar.

—Nos vamos mañana a la tardecita y el domingo pegamos la vuelta. Vos te venís a darme una mano porque entre los dos va a ser más piola —decía yo—.



Vos te vas a acordar dónde están. Además, no voy a pasarme la noche laburando solo, no señor. Te venís conmigo y punto.

Así hay que hablarle a Felipe. Porque él es especial, le cuesta darse cuenta de las cosas. Con él, hay que imponerse y hacerle saber que lo blanco es blanco y lo negro es negro. Es la única manera de que entienda. Yo había pensado hacerlo tratar en Formosa, cuando volviéramos con la plata. Le harían bien, los médicos.

–¿Y si se aparece? –dijo Felipe, medio asustado, cuando subimos al micro.

–Qué va a aparecer... El tipo ese ya está muerto. Y vos sabés que los muertos no le hacen daño a nadie –le aseguré, recordando que el tío Miguel, para sacarnos el miedo, nos decía exactamente lo mismo.



El tío Miguel caía a buscarnos en ve-



rano. Nosotros éramos chicos y acá, en Oberá, además de matar sapos y mirar partidos repetidos en la tele, había poco para hacer. Por eso íbamos. Porque era mejor que quedarnos echados panza arriba en la pelopincho y, de paso, sacábamos unos buenos mangos.

Mamá no tenía idea de lo que hacíamos y el tío, para evitarse problemas, tampoco le explicaba demasiado. Se aparecía en la combi a mediados de diciembre, con regalos que compraba en el Paraguay. Cosas electrónicas, calcu-

ladoras, teléfonos inalámbricos. Nos invitaba a comer afuera y ahí le decía a mamá que necesitaba nuestra ayuda, que empezar a trabajar nos serviría para el futuro, para hacernos hombres. También decía que nos pagaría y que nos traería de regreso antes de empezar las clases.

—¿Pero ahora te los vas a llevar? ¿Justo ahora, que se vienen las fiestas? —se quejaba mamá, aunque siempre terminaba cediendo.

En el fondo, que no estuviésemos en



la casa debía resultarle un alivio. Trabajando la Navidad y el Año Nuevo mamá cobraba más del doble. Además, los dueños de la hacienda le daban las sidras que sobraban, así mamá podía invitar a sus amigas a brindar.

Con Felipe subíamos atrás; la combi tenía vidrios polarizados y desde afuera no se veía nada. Estábamos incómodos entre las herramientas, la pecera, las imágenes del Cristo crucificado y el resto de las cosas del tío Miguel. Casi no

quedaba espacio para estirar las piernas, pero nos metíamos ahí para pasar desapercibidos.

El piso tenía unas ranuras de chapa insufribles. Cuando te levantabas, el dolor te quitaba las ganas de cavar, de abrir los cajones, de todo. Después de un par de días en ruta nos cansábamos y entonces le pedíamos colchonetas. Porque nosotros dormíamos en la misma combi. Un par de colchonetas, tío, le decíamos. Si no cabían adentro, podíamos atar las palas y los picos en el



portaequipajes. Alguna solución le íbamos a encontrar. Una, tío, por favor, es lo mínimo, le rogábamos, y él respondía que había demasiados gastos como para darnos el lujo de colchonetas.

–Plata para los gendarmes que están a la salida de Formosa. Plata para que la policía no revise la combi. Plata para que nadie pregunte si los ven. Plata para el gasoil... Plata.

El tío decía eso, pero a la tardecita ya empezaba a desviarse hacia algún hotel. Él dormía bien. Nosotros no podíamos

bajar, supuestamente, porque no alcanzaba para una habitación triple. Felipe quería creerle. Yo, en cambio, desconfiaba. Para mí, el tío lo hacía de mezquino nomás.

A los cementerios íbamos después de la medianoche. A esa hora resultaba fácil pasar desapercibido. La gente es igual en cualquier pueblo. Todos se meten temprano en su casa, comen y miran tele en la cama. Después de las doce, las únicas luces encendidas están



en los puteríos de la ruta.

–¿Quieren ir a debutar? –preguntaba el tío Miguel, antes de arrancar, y Felipe se ponía colorado porque un poco entendía.

Estacionábamos después de andar un buen rato. El tío escondía la combi al fondo, cerca de las cruces rotas de cemento que siempre están al final y son las que se ven de noche.

Bajábamos sin hacer ruido. Junto con la bolsa de herramientas llevábamos una batería de 75 amperes, para la

amoladora. El tío alumbraba el camino con una linterna, aunque ni falta hacía: los ojos se acostumbran rápido a ver en la oscuridad.

—Cuando esto importaba, había cuidadores —nos explicaba las primeras veces—. Ahora, nadie paga un sereno.

Nosotros cavábamos la tierra, cortábamos el cemento, lijábamos. El tío Miguel, que sabía de cerraduras y con un clip te abría una caja fuerte, se encargaba de los nichos con llave. Pasábamos horas trabajando y trabajando porque



el tema de los cajones era cuestión de suerte. A veces, abrías uno y encontrabas puro hueso, pelos largos, cuero reseco, ropa sucia. Nada útil. Entonces había que rellenar el hueco, dejar todo bien, prolijito, y seguir.

El que daba con algo más o menos interesante llamaba a los demás. Podía ser un anillo, una medalla, una cadenita; el tío miraba si tenían inscripciones, decidía si servían o no, anotaba cosas en una libretita y recién entonces nos dejaba ir a tomar coca.

Estaba bueno eso, parar, relajar un rato, sentarse a tomar algo, pavear un poco. Aunque tampoco podíamos descansar demasiado. Debía quedar tiempo suficiente como para limpiar, más si teníamos que preparar mezcla o poner champas.

–Si mañana viene un pariente a traer flores, tiene que encontrar todo igual –nos decía el tío Miguel, para que nos esmerásemos.

Una noche, abrimos un cajón nuevo, recién enterrado. Un asco. El olor,



los gusanos, el agua podrida, las moscas... Felipe se vomitó la vida y yo estuve a punto porque esas cosas le revuelven la panza a cualquiera.

Al tío Miguel lo conocían en Güemes, en Tafí del Valle, en Recreo, en Londres, en Cruz del Eje y casi todo Santiago. Cuando llegábamos a un sitio, la gente decía que era una bendición.

Parábamos en casas de familia, recomendados por otras personas que ya habían visto al tío Miguel hablar con

espíritus y sabían de lo que era capaz. Esos días la pasábamos de lujo. Felipe y yo dormíamos en colchones con resortes, desayunábamos facturas. Al ver a mi hermano, que es como es y se le nota, la gente se compadecía, nos miraba con lástima y nos regalaba ropa, juegos, cartas, relojes con luz, mil cosas.

Durante tres o cuatro noches se juntaban varias personas, en su mayoría viejas viudas, para invocar a las almas. Se sentaban en ronda, tomados de la mano, mientras el tío Miguel decía ora-



ciones en latín y murmuraba nombres de santos. Después, los ojos se le ponían blancos.

Felipe estaba encargado de encender la pecera. Lo podía hacer cualquiera de los dos, tampoco había mucha ciencia en apretar el control remoto que reventaba las piedritas del fondo. Yo se lo dejaba a él, que era más chico y se sentía importante al hacerlo. Además, a mí me gustaba ver, ver y aprender para, algún día, largarme solo con el negocio.

–El agua, vehículo entre mundos –de-

cía el tío cuando la pecera burbujeaba.

En determinado momento, hacia como que lo poseía el espíritu de algún fulano. Era genial. El tío decía nombre y apellido del muerto, a qué se había dedicado en vida y una que otra cosa más. Siempre alguien lo conocía. Entonces, la gente se ponía a preguntar. ¿Mi marido está bien? ¿Usted ha visto a mi madre? ¿Y mi nene, a dónde fue mi nenito? Cosas así preguntaban. El tío respondía cambiando la voz y, si no sabía qué contestar, se quedaba callado para generar



la intriga.

Lo mejor del asunto pasaba al final, cuando en la pecera aparecía lo que habíamos encontrado días atrás, revolviendo en los ataúdes. Ni siquiera hacía falta que hubiese un pariente directo del muerto en cuestión. El tío era un maestro en ese sentido: metía la mano, sacaba el anillito o la medallita y decía que se había materializado.

–Uno de ustedes le entregará esto a su dueño –ordenaba, solemne–. Es la voluntad de los muertos. Sólo así po-

drán descansar en paz.

Nunca nos quedábamos mucho tiempo en un mismo sitio. Por regla. No convenía llamar la atención de la policía ni de la iglesia. Además, el asunto funcionaba bien de esa forma. Si el tío te aseguraba que los espíritus se habían ido, para qué quedarse.

La gente le entregaba fortunas. Él no cobraba, incluso se hacía el ofendido al ver los billetes, pero terminaba aceptando. Buena plata sacaba. Hasta escrituras de campos le vi agarrar. Y a nosotros



nos quería convencer de que era pobre.

–Empiezan con una colchoneta, después van a querer frazadas y almohadas y qué sé yo... Así nos salimos del presupuesto –mentía–. Yo le mando plata a su madre y también les doy a ustedes. ¿O no?

En cierta forma, el tío Miguel tenía razón. Con Felipe comíamos de arriba y en un par de años conocimos medio país. Cuando volvíamos a casa nos acordábamos de las calaveras que usábamos como títeres, del truco de la pecera, de

la gente llorando cuando hablaba con sus muertos y nos reíamos de lo lindo.



En el 94, el tío Miguel fue al Mundial de Estados Unidos. A la vuelta, nos trajo un videojuego y una tele portátil. También compró colchones inflables y un detector de metales que serviría para saber, llegado el caso, si valía la pena abrir un cajón. A mamá le regaló



un vaso térmico, de esos que conservan las bebidas frías o calientes.

Ese año nos buscó para ir a Santa Fe. Yo dudé en acompañarlo. Estaba de novio con la rubia de la heladería y, si la dejaba sola, alguien me la quitaba, seguro. Pero Felipe iba, sí o sí, y el tío me tiró varios mangos más para no dejarlos en banda.

—Lo de siempre y doscientos más para que le compres algún vestidito a tu novia —prometió—. Pensá también que tu hermano puede tener una crisis. Sa-

bés cómo es. El único que puede manejarlo sos vos.

Y la plata es así, te convence de hacer cualquier cosa. A mí me convencía, al tío lo convencía. La plata te hace olvidar las consecuencias, te empuja, te pone en peligro, te lleva a hacer cosas que no querés, que no convienen. Mi precio fue ese: doscientos pesos de más. El del tío, treinta mil.

©

4

El tipo quería que fuésemos a la casa.
–Unas horas, nada más –propuso cuando ya partíamos de San Guillermo rumbo a Ceres–. Sólo usted puede hacerlo. Todos lo saben, me lo han dicho. Por favor, venga. Si no siente las presencias, yo igual le pago los treinta mil. Es más, le pago por adelantado.

No había sido un verano de mucho éxito para el negocito y, para colmo, se fundió el motor de la combi en me-

dio del viaje y hubo que llevarlo a rectificar. El tío Miguel nos miró como dando a entender que iba a aceptar. Aunque algo debe haberle olido mal porque después, medio en secreto, me pasó las llaves de la combi y el sobre con toda esa plata para que lo guardara en los calzoncillos.

–Si esto se pone raro, agarrás a tu hermano y rajan –me previno.

Seguimos al tipo hasta una casona grande, en medio del campo. Adentro, una señora vieja vestida como las mu-



camas de antes nos invitó jugo y masitas. Al rato, fuimos a un galpón, al fondo del terreno. El sitio estaba prácticamente abandonado, lleno de bicis viejas y partes de autos. El tipo nos dejó solos, según dijo, para que el tío sintiera las presencias y las expulsara.

Nosotros aprovechamos para jugar un rato. El tío Miguel tomó una siesta con un ojo medio abierto, por las dudas.

Ya se había hecho de noche cuando volvió el tipo.

—¿Pudo sacarlos? —preguntó. Estaba

alterado, ansioso—. Necesito que se vayan de una vez por todas.

—Esto no funciona así —dijo el tío Miguel. Después trató de explicarle que a veces los espíritus se niegan a hablar o no están donde uno cree—. Acá yo no siento nada.

El tipo se rió, dijo que hacía demasiado tiempo que los muertos estaban ahí. Después sacó una pistola y nos mandó a Felipe y a mí a buscar unas palas. Nosotros estábamos quietos, como estatuas. Recién reaccionamos cuando disparó.



Nos pusimos a cavar, a lo loco, sin parar, un metro y más, hasta encontrar pedazos de gente. Ahí estaban, en la tierra, huesos rotos, encimados. Quince calaveras contamos, todas con un hueco en la frente o en la nuca. También había cartuchos, balas vacías. Y el esqueletito de un bebé.

El tío Miguel se la vio venir feo y se puso a confesar. Dijo que el asunto de los espíritus era verso. Dijo que nos metíamos en los cementerios a robar crucecitas y medallitas. Fue peor, por-

que al tipo se le desorbitaron los ojos.

–No puede ser –dijo–. Vos ibas a sacarlos, vos tenías que sacarlos.

Con Felipe nos paramos cerca del portón. El tipo seguía hablando solo. De pronto, le apuntó al tío Miguel. Fue una ráfaga. En segundos, le vació la pistola. Un tiro, otro tiro, otro tiro más. Y seguía gatillando incluso cuando se le acabaron las balas.

Yo me di vuelta, agarré a mi hermano de la remera y corrí hacia la combi. Arrancamos marcha atrás, tan fuerte



que rompimos la tranquera. Felipe lloraba, pero yo no podía darme el lujo de llorar como un lelo, yo no, yo tenía que manejar, que orientarme, encontrar el camino de vuelta, y estar alerta, pendiente del tipo, de la policía, de gendarmería, porque quizás el tipo nos persiguiera para recuperar la plata, porque seguramente la policía nos vería, nos haría desviar, nos pararía, pediría un billete para dejarnos circular, y los gendarmes, si aparecían, nos revisarían de arriba abajo, por todas

partes, y entonces, si se encontraban con los treinta mil que llevaba en los calzoncillos, se los quedarían, seguro, esos gendarmes se quedaban con mil, con treinta mil, con todo, y eso nos jodería bastante, bastante más de lo jodidos que estábamos.

5

Siete años después, bajábamos en la terminal de Goya.



El remis fue directo al cementerio donde habíamos parado aquella noche. Debíamos buscar el nicho donde habíamos metido la plata.

A Felipe, el lugar le parecía más grande, más cuidado, diferente de aquel donde habíamos estado. Pensé que se trataba de una impresión porque nosotros nunca habíamos visto un cementerio de día. Pero estaba equivocado. Cuando nos cansamos de dar vueltas y le preguntamos a la gente diciendo que andábamos desorientados en busca de una pariente

nuestra, nos miraron con lástima.

La señora del puesto de claveles dijo que los terrenos del cementerio habían cedido después de una lluvia de días. Una inundación de aquellas, dijo. Al parecer, los nichos se vinieron abajo, hubo que sacar varios cajones, juntar los huesos. La intendencia se ocupó de avisar a los familiares y acordar las remodelaciones. Tiraron todo abajo. Muchos cuerpos fueron reubicados, otros terminaron en la fosa. Las obras habían terminado hacía rato.

©

La señora nos regaló una flor, aunque éramos varones. Después, le acarició los pelos a Felipe, que sonreía con su mejor cara de chico especial, de chico que no entiende lo que pasa o que sí entiende y, pese a todo, sigue riendo.





PLATOS ROTOS





Para Sergio

Antes iba a la casa de mi hermano casi todos los días. Solía llevar facturas con crema y membrillo, que eran las que nos gustaban de chicos, y tomábamos algo con su mujer mientras los nenes hacían los deberes frente al televisor. Hablábamos bastante. En realidad, el que hablaba era yo. A la mujer de mi



hermano le gustaba escuchar anécdotas, fragmentos de ese pasado del que no había sido protagonista ni testigo. Era su manera de encarar las cosas y, en cierto sentido, a mí también me cambiaba el ánimo.

Los chicos se portaban mal. Solían pelearse bastante. Tiago, el de nueve, hacía llorar a Benjamín, que era menor y le tenía miedo. La mujer de mi hermano los retaba. Nunca les pegó, al menos delante de mí, pero les levantaba la voz de mala manera. Ellos me mira-

ban con bronca y se quedaban ahí, sin comer ni decir nada, hasta que Tiago se animaba a preguntar si podían ir a jugar al patio. Entonces, la mujer de mi hermano les hacía una sonrisa lánguida y los dejaba salir.

Andrea, mi esposa, nunca supo nada, pero yo les pasaba algo de plata. Tampoco era tanto. En esa época, la mujer de mi hermano estaba muy ajustada con las cuentas; la pensión se le iba en la obra social y en las cuotas del colegio, y con su trabajo apenas le alcanza-



ba para comer. Alguien debía encargarse de saldar las deudas. Estaba en riesgo la casa y, si perdían el techo, iba a ser peor para todos.

Una tarde nos pusimos a ordenar papeles y encontramos los registros de la 22, el 38 y el máuser. La mujer de mi hermano debía ir a renovarlos. Le habían enviado una notificación, pero no era un trámite fácil. Había que llevar el acta de matrimonio, el certificado de

defunción, solicitar el traslado de dominio. Mucha documentación.

Le hablé de un conocido que trabajaba en el Renar y que nos podía ayudar a poner las armas en regla. También le pregunté qué pensaba hacer. Fue una pregunta simple, pero ella se encogió de hombros. Después de un rato dijo que lo mejor era venderlas porque los nenes sabían dónde las escondía y cualquier día podía ocurrir una desgracia.

De chico, mi hermano iba al campo a cazar perdices con el viejo. Volvían



tarde, medio congelados, con la pickup cargada de bichos muertos que mamá limpiaba y trozaba, siempre quejándose, para después preparar en escabeche. Mi hermano tenía una puntería prodigiosa. Les daba a los gatos que corrían por el techo, a las loras; hasta le tiraba a los murciélagos, de noche. Pasó del aire comprimido a la escopeta y, después de dislocarse el hombro, el viejo le heredó el fusil. En esa época empezamos a hacer apuestas con chicos más grandes que nosotros. Yo

me encargaba de juntar la plata; él, de apuntar. Nunca perdíamos.

Mientras cargaba los estuches en el baúl del auto, pensé en quedarme con el máuser. Era un arma hermosa. Y, después de todo, hacía casi cien años que estaba en la familia.

A Andrea le molestaba la situación. Según ella, yo le daba mucha importancia a las necesidades de la mujer de mi hermano y a sus hijos. Quise hacerle



entender que ellos eran parte de la familia, de mi *concepto* de familia. Además, no creía estar descuidándola, ni a ella ni al embarazo. Pero a Andrea le parecía una relación poco sana.

Cuando entró en el sexto mes, tuvo una pérdida importante. Nos asustamos. Fuimos a la guardia del Clínicas, donde se estaba haciendo atender, y durante el viaje rezamos. Aunque no nos habíamos casado por Iglesia y ella ni siquiera había tomado la comunión, le pedimos a Dios que salvara al bebé.

La internaron en terapia. Al otro día, el ginecólogo que la venía atendiendo dijo que el embarazo se había complicado y que estaban comprometidos los dos, tanto el feto como la madre. Dijo así, feto, como si el bebé fuera una cosa.

Le pedí a mi suegra que se quedara un tiempo en casa. Andrea sacó licencia, hizo reposo, pero igualmente le daban puntadas en el estómago. Le dolía. A veces intentaba reprimir las contracciones para mantener al bebé dentro del útero, aunque yo no sabía si hacía



bien o mal, ni si era posible retener algo que quería salir.

El parto se anticipó dos meses. Aunque en la ecografía parecía que iba a ser una nena, nació varón. Aún no teníamos el nombre, pero eso era irrelevante. Había nacido sano, con los órganos bien gestados a pesar de ser sietemesino.

De regreso a casa, Andrea me preguntó cuándo vendrían mi cuñada y mis

sobrinos a conocer al bebé. Yo la miré sin saber qué decir. De pronto caía en la cuenta de que nunca les había avisado, ni de las complicaciones del embarazo ni del nacimiento. Ni siquiera les había mandado un mensaje de texto para saber cómo andaban.

Cuando llamé por teléfono, me atendió Tiago. Hablaba igual que el padre: modulaba mal, aspiraba las eses, cortaba las palabras y tenía un tono seco



que intimidaba. Le pedí que me pasara con la madre. Después de un rato largo, la mujer de mi hermano respondió. Me sorprendió que hiciera tanto espanto por la noticia. Me felicitó varias veces mientras se reía y preguntaba por el peso y el largo del bebé. Al final, me mandó un abrazo y otro más grande para mi mujer.

El fin de semana siguiente vino a casa, sola, sin los chicos. Trajo ropita usada, una mamadera de vidrio y otra de plástico. Se quedó poco. En deter-

minado momento alzó al bebé con excesivo cuidado, como si se le fuese a caer, y al instante lo dejó en el moisés. Había perdido peso. Andrea se dio cuenta. Estaba demacrada, ojerosa, y no se había maquillado.

Ofrecí llevarla de regreso, pero ella prefirió llamar un taxi. Antes de despedirnos, murmuró que todo iba mejorando, que estaban saliendo adelante, que dejara de preocuparme. Aunque me hablaba a mí, parecía hablar sola, como si quisiera convencerse a sí misma.



El tipo del Renar me contactó con gente del Tiro Federal que podría estar interesada en el fusil. Me hicieron varias ofertas. Si mi hermano lo hubiese sabido, habríamos discutido. Supongo que me habría amenazado y yo me habría asustado, como siempre.

Él era así. Cuando el viejo falleció en el accidente, entró a la habitación donde lo velaban. El ataúd estaba cerrado. Como le impidieron quitar la tapa para verlo, abrió el ropero y sacó una de las pistolas. Nos miraba con los ojos bri-

llantes, desencajados, como si solo a él le doliera. Antes de irse nos apuntó a todos y, después, oímos que disparaba por ahí.

Lo que me dieron por las armas, más un par de pagarés a mi nombre, alcanzaba para saldar la deuda de la casa. Eso era lo único que importaba. Si hubiese sido otra clase de persona, seguramente habría conseguido más plata, pero yo nunca supe negociar.

©

Cuando fui a ver a la mujer de mi hermano, encontré todo igual: el televisor prendido, los chicos con los cuadernos de la escuela tirados por el suelo, el mate preparado. Parecía una escenografía montada con desánimo. Le entregué la plata explicándole que sólo había quedado el 38 sin vender. Había pensado en el Plan Nacional de Desarme. En la propaganda que pasaban por televisión explicaban cómo había que hacer y, según lo que había entendido, daban un incentivo por la entrega.

Tiago se sentó a comer facturas. Me di cuenta de que me miraba con curiosidad, como si quisiera decirme algo y no se animara. Al final, preguntó qué me había pasado en la mano. La madre lo retó diciendo que estaba mal hablar de esas cosas, pero yo le resté importancia. Le pedí que le explicara. Entonces ella se puso a contar lo que sabía.

La verdad es que me reí mientras escuchaba la versión de los hechos que le había dado mi hermano, la misma que habían oído mis viejos cuando me lle-



varon al dispensario. Para él, perder el meñique era mi culpa. Yo no había agarrado bien el plato, yo había temblado. Mi hermano solía justificarse diciendo que Guillermo Tell había puesto una manzana sobre la cabeza de su propio hijo, había disparado con una ballesta y le había acertado a la manzana porque el chico nunca había dudado de su padre; de lo contrario, la flecha se le habría clavado en medio de la frente.

Tiago preguntó quién era Guillermo Tell. Yo abrí la mano. Es el que me sacó

el pedacito que falta acá, dije.

Los chicos salieron a andar en bicicleta por la vereda. La mujer de mi hermano se levantó de la mesa y llevó el 38 a la piecita de las herramientas, al fondo del patio. Creí que había ido a guardarlo, pero regresó con el tambor abierto y la caja de balas.

De pronto, entró a la cocina, buscó un plato y, de nuevo en el patio, lo arrojó para arriba. Se puso a gatillarle varias



veces. Yo me tapé los oídos y esperé el estruendo que nunca se oyó.

El plato se estrelló en el piso. La mujer de mi hermano se arrodilló. No entendía por qué no funcionaba. Dijo que ya lo había intentado, que gatillaba y gatillaba, pero las balas no salían.

Noté que el 38 tenía el seguro puesto. La ayudé a incorporarse e intenté tranquilizarla. Pero ella me rechazó. Dijo que quería dispararle a ese plato, a ese y al resto de los platos que había en la casa. Dijo que necesitaba destro-

zarlos a tiros porque esos platos viejos y cachados, que le habían regalado cuando se casó con mi hermano, ya no servían para nada, habían perdido su razón de ser.

Mientras balbuceaba incoherencias, intenté abrazarla. Entonces ella se giró para zafarse y el 38 se le resbaló de las manos.

Al golpear contra el suelo, oímos el disparo.



Nos miramos, miramos alrededor. La bala había dejado un hueco en la medianera, a un metro del suelo. Por suerte, los chicos estaban dando vueltas en la calle.

Le pregunté si se encontraba bien. No sé por qué, pero me disculpé. Ella también lo hizo. Después, guardé el revólver en el pantalón. Le prometí ocuparme del tema.

La mujer de mi hermano me acompañó afuera. Así están las cosas, murmuró. Yo encendí el auto, para que calen-

tara. Antes de irme les dejé saludos a los chicos y le aclaré que, si necesitaba algo, podía contar conmigo. Ella no me llamaría, pero igual lo dije.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

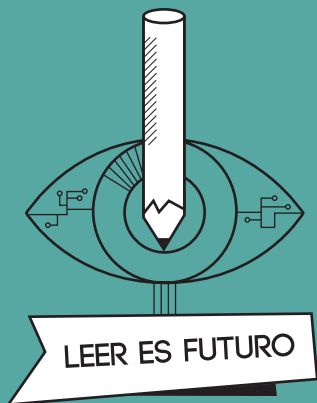
JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS

SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina